

## DE DIEGO LÓPEZ DE HARO A ISABEL LA CATÓLICA



Sesión Inaugural del curso 2005-2006, Presentación del libro Señores de Bizkaia, D. Andrés Urrutia, D. Adrián Celaya, Presidente y Vicepresidente de la Academia Vasca de Derecho.

Este libro no es un best seller ni una proeza literaria. Tampoco es una buena aportación a la historia porque no soy un historiador y aunque soy jurista ésta no es una obra jurídica. Es la historia contada a mi modo y me contentaré con que a ustedes les acerque a la historia de Bizkaia.

Para que me entiendan mejor les contaré cómo ha nacido. Con sólo mirarme a la cara se darán cuenta de que llevo muchos años jubilado, unos años en los que aún he completado algunos trabajos jurídicos; pero al final, cuando ya era aburrido contar conmigo, me encontré sentado ante mi ordenador, un fiel amigo que siempre espera mis órdenes, y sin saber qué hacer o mejor qué escribir.

En un primer momento redacté algunos pasatiempos e incluso algún cuento fantástico; pero de pronto me vino la buena idea, pude gritar “eureka” como Arquímedes, porque se presentó ante mí Bizkaia, esa Bizkaia que en su versión jurídica ha ocupado buena parte de mi vida, y que parecía decirme que tome ahora su historia como un tema de mis reflexiones. Por supuesto que no podía trabajar como un historiador pues ni siquiera conozco sus métodos pero intenté sacar de lo que otros han escrito un relato hilvanado de los Señores de Bizkaia.

Me ha divertido mucho porque el trabajo permitía, ante todo, que yo mismo me enterase de cosas que solamente creía saber. Y también me animaba poder transmitir a mis amigos de una forma clara y ordenada la historia que estaba descubriendo entre brumas y en medio de algunos comentarios llenos de pasión, de los que me he querido apartar.

¿Y acaso no soy yo mismo un apasionado? No hubiera podido escribir este texto sin amar apasionadamente a Bizkaia; pero lo que quiero afirmar ahora es que he buscado la verdad también con pasión y creo que no encontrarán en este libro verdades tergiversadas.

He querido hacer relatos coherentes y en algún caso he pretendido adivinar lo que no dicen los libros. He aplaudido o

censurado el carácter o la conducta de algunos personajes, pero siempre se podrá distinguir el hecho relatado de mi juicio personal. Sin algunos comentarios resultaría aburrido

Espero que no me pregunten porqué he elegido Bizkaia para mis ocios. Bizkaia la tengo metida en el alma como las viejas melodías que nunca se van. Hace ya muchos años oí a la Orquesta dirigida por Rafael de Frúbeck interpretar “La gruta de Fingall, de Mendelshon” y sus dos primeros compases, que se repetían una y otra vez se me quedaron clavados en el alma y aún me suenan a ratos y me emocionan.

Bizkaia es como esa melodía incrustada en el alma. Se me metió de niño, cuando mis padres, me hablaban de ella; pero de un modo especial me hizo amar a Bizkaia una maestra de las escuelas de los Astilleros del Nervión de Sestao en las que aprendí las que llaman primeras letras que son las más importantes de la vida.

Doña Matilde siempre tenía a Bizkaia en sus labios. Si hablaba de ríos, allí estaban el Nervión y el Galindo, si de montes o cordilleras, veíamos desde la escuela los montes de Triano y a lo lejos el Ereza y el Ganekogorta.

Y sobre todo nos hacía cantar una canción que era como un himno a Bizkaia (*En Bizkaia son los montes hierro puro*) Aquellos niños, sus alumnos, con raíces en lugares muy diferentes y padres con ideologías distintas, nos sentíamos hermanados como hijos de Bizkaia.

Muchos años más tarde visitaba yo a uno de aquellos compañeros que vivía en una ciudad del Mediterráneo, un amigo socialista que había sido muy perseguido durante la guerra e incluso cometieron la iniquidad de quitarle la beca de estudios. Se entristecía por no haber podido formar en aquella ciudad un grupo de amigos que compartieran sus ideales. Y me decía: *Desengáñate Adrián, no tenemos pueblo. Fíjate que yo, un Sánchez, aquí me siento separatista. Pero yo le dije –Lo único*

*que ocurre es que tú y yo somos de Sestao. Y él me replicó: -Sí, yo soy de Bizkaia. Era una gran confesión de hermandad.*

No puedo ocultar que me ha preocupado mucho seguir la huella de nuestros Fueros, lo que permite que el libro sea tan jurídico como histórico. No creo haber aclarado todo el misterio foral, pero sí algo fundamental. Ahora estoy convencido de que nuestros Fueros no nacieron de la noche de los tiempos, que no existió nunca un paraíso en el que nuestros antepasados vivían felices. El régimen foral fue una conquista de nuestros padres, que llegó día a día con muchos esfuerzos y también con cierta condescendencia de los reyes castellanos. A mi juicio este hecho les da mucho más valor porque los Fueros no son un regalo de los dioses, sino algo ganado con mucho trabajo.

También he buscado con mucho interés el camino de la paz. Y seguramente después de leerme pensaréis que lo que describo no es sino una sucesión de luchas y de guerras, que hay demasiados banderizos y demasiada crueldad en la vida de aquellos tiempos, todo menos paz. Y os sorprenderéis si os digo que también hay en esa historia un camino que conduce a la paz, el camino del esfuerzo y del trabajo de los hombres oscuros que trabajan en común para construir muelles y poner en la ría sus buques, cargarlos con mercancías, llevarlos a lejanos puertos e incluso hacerlos servir cuando hay que defenderse de un enemigo. Esos hombres ante los que se podía cantar “Ésta es Bizkaia, buen conde de Haro”

Soy un hombre de la orilla izquierda de la ría y creo que esta ría cosmopolita que une a vizcainos y no vizcainos en un esfuerzo común, que transformó las marismas en un río lleno de astilleros, talleres, dársenas y diques, que salvó la barra de Portugalete y construyó sobre ella un arco de triunfo y que hoy mismo se esfuerza por mejorar y crecer, tiene hoy, como en el siglo XV una necesidad apremiante de paz.

La paz absoluta es imposible, lo que pido es la paz suficiente para entendernos, para abrazar a los que no piensan como nosotros, y tender la mano a los que son distintos para unirnos en la gran tarea.

Os aseguro que el día que tengamos esa paz, Bizkaia será imparable.

No quiero ponerme ante el árbol de Guernica en postura de adoración, como proponía Iparraguirre, “*adoratzen zaitugu*, porque el árbol para mí no representa el Paraíso perdido. Prefiero mirar al árbol joven porque en él está el futuro, la esperanza. Y espero sus frutos, esos frutos que también le pedía Iparraguirre. *eman da zabalzazu munduan frutua*”. Los frutos de la paz, la solidaridad, la justicia, la libertad, los frutos que nos llevarán a un desarrollo y un progreso que nos envidiarán.

Lo mejor que quiero esperar de este libro es que contribuya al entendimiento entre los vascos y, por tanto, a la paz.

**Adrián Celaya**